
Horacio Wells

Descubre La Anestesia General

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8940

Título: Horacio Wells

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Crónica, Artículo

Editor: Brian

Fecha de creación: 13 de julio de 2026

Fecha de modificación: 13 de julio de 2026

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Horacio Wells

La primera víctima del genio suele ser él mismo que lo alienta, No se posee tal capacidad de exaltación mental sin que se posea también, por justo equilibrio, una profunda capacidad de depresión. La divina embriaguez del genio sólo tendría por igual, como estado comparable, las tremendas desesperanzas de las horas negras.

Horacio Wells, dentista norteamericano, no era un hombre de genio; pero tuvo la iluminación, la perseverancia, las angustias y las miserias que el destino concede con tanta largueza a los animados por aquél.

Cuando Humphry Davy, y apenas de veinte años, deslumbraba a Europa con el descubrimiento del primer anestésico, escribió estas memorables palabras: "El protóxido de nitrógeno parece gozar de la propiedad de abolir el dolor. Probablemente sería útil en las operaciones quirúrgicas que no van acompañadas de gran efusión de sangre."

La conmoción del mundo científico había sido grande, como hemos dicho; pero nadie pensó en utilizar, no ya la sugestión de un fenómeno, sino el hecho mismo, comprobado y flagrante.

En la sombra, sin embargo, estaba Horacio Wells. Subyugado por el genio de Davy, cuyos descubrimientos se sucedían día a día, el dentista americano estudió el protóxido de nitrógeno, preparólo con fines clínicos, y en un hospital de Boston, ante numerosísima concurrencia, realizó la primera experiencia que se conozca en operaciones quirúrgicas.

La operación era leve: la extracción de un diente. Pero por

deficiencias de laboratorio, el gas no tenía la pureza debida; de modo que al sentir el paciente el esfuerzo de la pinza, comenzó a dar gritos, aunque nunca tan fuertes como las risas y los silbidos con que el público acogió el experimento.

Fue en vano que Wells quisiera explicar la razón del fracaso. La concurrencia, en medio de una rechifla ensordecedora, lo acompañó hasta su casa, y Wells, destrozado de cuerpo y alma, cayó gravemente enfermo. Durante meses no tuvo conciencia de su estado; y cuando recobró la salud, era apenas un pobre hombre que había cerrado con llave su laboratorio, y al cual no quedaba una sola ilusión.

Ni ilusiones, ni fortuna, ni clientela. Pasó varios años en la miseria más completa, sin otro recuerdo de su pasado que el de las insultantes risas que acogieran su fe en Humphry Davy,

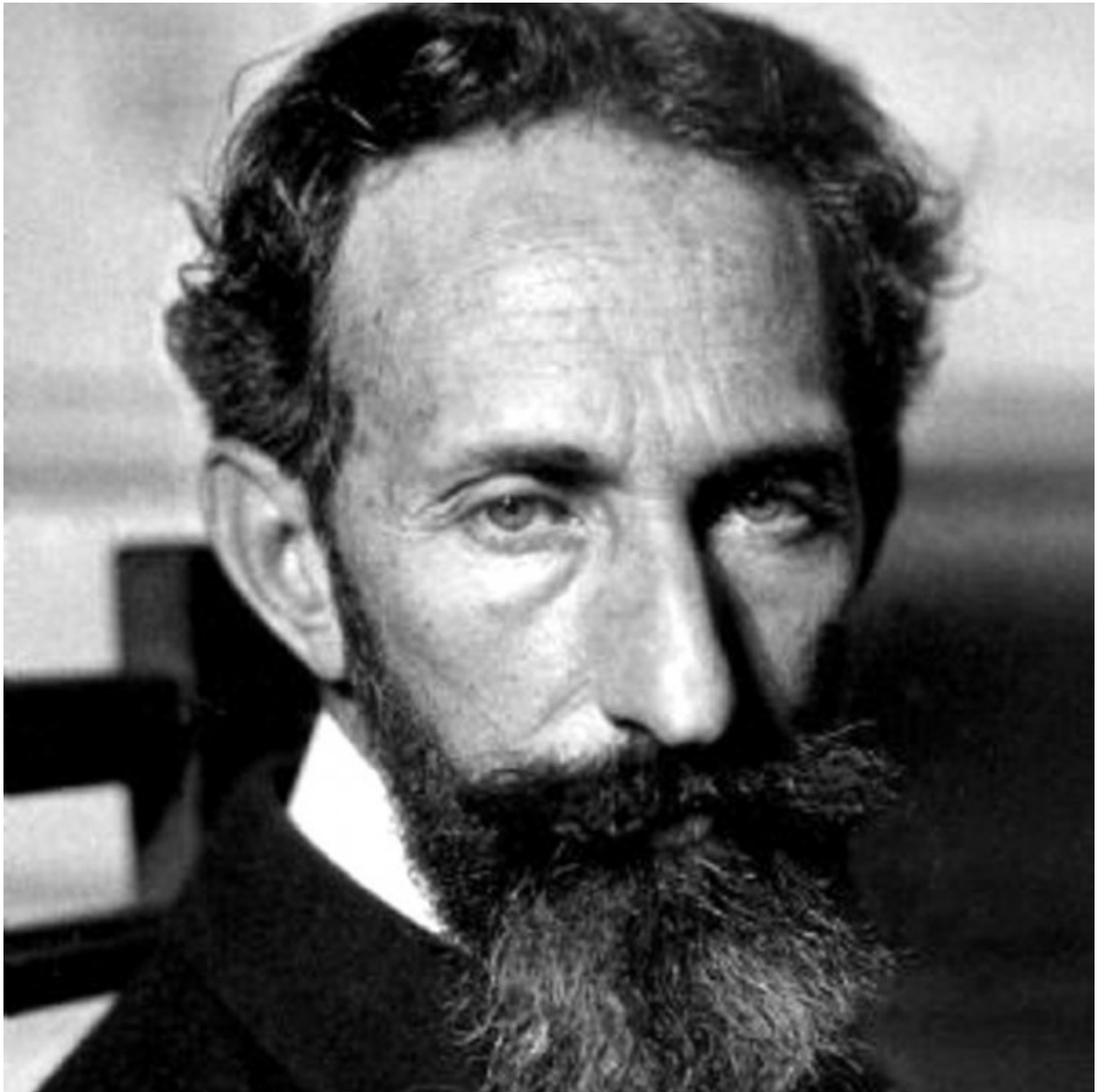
Entre tanto, un médico asistente a la experiencia de Wells había comprendido toda su extensión; y en pos de ensayos más calmos, hizo públicas sus experiencias, que esta vez se vieron coronadas por el éxito más satisfactorio,

La anestesia operatoria quedaba creada, y al protóxido de nitrógeno sucedían el éter y el cloroformo. Habiendo llegado a oídos de Wells que en Europa se llenaba de gloria a Jackson y Morton, por considerárseles los innovadores del método, se trasladó como un espectro a Europa, a hacer valer sus derechos. Visitó, escribió, expuso, rogó: todo fue en vano; nadie le prestó fe. Horacio Wells, su visión profética, su entusiasmo, su experiencia, su yerro, —todo eso estaba bien y definitivamente muerto y olvidado.

Cuando la humanidad se empeña hasta ese punto en ser atroz, a la víctima no le queda sino una sola cosa: morir. Wells abrevió esa agonía abriéndose las venas mientras aspiraba éter, el anestésico que había sucedido al suyo.

Tristes cosas, en verdad. No abundan los cristos, ni sus apóstoles para negarles, al uno, su cruz, y a los otros, el creer en ella.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el

estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región,

los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)